

FOLLETO TEOSÓFICO COLOMBIANO

Edición especial

Número 42

Cielo e infierno: no son como los pintan

Por Gabriel Burgos Suárez

CIELO E INFIERNO: «NO SON COMO LOS PINTAN»

Gabriel Burgos Suárez

En julio de 1.999 el Papa Juan Pablo II (según noticia publicada en el diario ‘El Tiempo’ del 29 Jul./99) recordó que, según la doctrina cristiana, el cielo no es ni una abstracción ni un lugar físico, sino “una relación viva y personal con la Santa Trinidad —Dios, Cristo y el Espíritu Santo—”, y que el infierno dista mucho de ser “una hoguera ardiente donde se llora y rechinan los dientes”, como se afirma en el Nuevo Testamento.

El Papa dijo: “En La Biblia, el cielo está presente de manera metafórica y representa la habitación de Dios desde donde observa y juzga, y de donde desciende cuando es invocado”. Añadió que el cielo “es una imagen de la vida de Dios, a la cual los creyentes pueden acceder a través de la gracia”. Explicó que las imágenes contenidas en La Biblia son simplemente “simbólicas” y que el temido infierno tampoco es un lugar, sino una metáfora de la separación del hombre de Dios. “El infierno, por ello, más que un lugar es la situación de quien libremente se aparta de Dios. Morir en pecado mortal sin haberse arrepentido y sin acogerse al amor misericordioso de Dios significa separarse para siempre de Él. Y es este estado de definitiva autoexclusión de la comunión con Dios lo que se designa con la palabra infierno”.

El tema, pues, lo ha puesto sobre el tapete la Iglesia Católica Romana a través del Papa.

Debemos estudiar esta idea a la luz de la Teosofía, que no permite ambigüedades, como aquello de que lo que se ha venido diciendo a través de los siglos ha sido simbólico y que el error ha sido de quienes han interpretado el símbolo o el mito como una realidad. La Iglesia es la que le ha dado esta interpretación y causado confusión, temor, angustia, en millones de seres, sin lograr con esto una mejor conducta en la mayoría. Queda el recurso de “arrepentirse” y obtener una absolución para obtener el perdón de Dios, especialmente a la hora de la muerte. ¡Como si Dios estuviera jugando con nosotros! Recordemos la clara cita que encontramos en La Biblia: **“No os engañéis, Dios no puede ser burlado, lo que el hombre siembra eso recogerá”**.

El pensamiento Teosófico es claro al respecto. La vida después de la muerte es una continuación de la forma en que hayamos vivido, sólo que ya no tenemos cuerpo físico. Pero sí continuamos con los mismos deseos, vicios, anhelos, sueños, realizaciones, emociones, pensamientos, bajezas y grandezas que cultivamos durante la existencia física. No es posible que el tonto se convierta en sabio, ni que el pecador se convierta en santo, por el simple hecho de morir, aunque reciba absoluciones, declare que ha sido creyente y que por consiguiente puede acceder a la gracia.

No podemos engañarnos; la vida después de la muerte es el resultado del conjunto de variables durante la vida que acaba de pasar, sin excluir ninguna. El resultado no es sencillo.

Implica factores muy complejos que, en últimas, se reflejan en el desarrollo de conciencia de cada ser individual.

En este sentido es cierto que el cielo y el infierno son estados de conciencia. No un estado idéntico para todos los seres en el cielo o en el infierno. Hay tantos estados de desarrollo de conciencia como seres vivos y muertos en el mundo. Por lo tanto, no hay un solo cielo, o mejor un solo estado celestial, sino infinitos estados celestiales; o infernales. No es el mismo cielo el del tonto que el del sabio, como tampoco lo es el del 'pecador arrepentido' que el del santo.

Que no son sitios, esto hay que entenderlo bien. No lo son en el sentido de que no existen lugares especiales de premio o de tortura, pero sí lo son en el sentido de que, en el mismo ambiente, en el mismo medio, se experimentan los diferentes estados de conciencia.

Veamos esas diferencias en este mundo físico, en donde existen todos los estados posibles de desarrollo de conciencia. El mismo mundo, nuestra Tierra. El estado de conciencia es independiente de esa Tierra, pero solo a través de las experiencias que ese mundo nos brinda ha sido y es posible su desarrollo. En ella se ha desarrollado por igual el tonto y el sabio, el pecador y el santo, el codicioso y el altruista, el egoísta y el hombre generoso y desprendido, quien es una carga o un azote para el mundo y quien vive para ayudar a que sea más amable y bello. ¡El mismo mundo, y cuántas diferencias! Todas marcadas por los distintos estados de desarrollo de conciencia.

¿Existe el cielo aquí y ahora? Ciertamente, sí. ¿Qué será ese algo al que se pueda llamar cielo? Es un estado exaltado de conciencia en donde, aunque no sea sino por un instante, el hombre se siente pleno, feliz, libre de todas las ataduras, tristezas, angustias, dolores y miserias del mundo. Simplemente el ser siente que es un alma, independiente de todos los conflictos en los cuales ordinariamente vive. En ese momento es completamente libre y disfruta ese estado feliz, que algo generalmente externo le ha proporcionado. En un ser sensitivo y culto tal vez ha sido una bella melodía que le hace vibrar las fibras más elevadas de su alma, o un bello atardecer que le hace sentir el placer de estar vivo y en comunión con esos arreboles, o la dicha de poder consolar a quien está triste y verlo sonreír, o la presencia del ser amado que le permite experimentar la fusión de dos almas en una sola por la magia del amor. En alguna forma, alguna vez, tal vez muchas veces, todos hemos experimentado un estado de plenitud así que es lo más parecido al cielo. Nuestro problema es que no somos capaces de eternizar esos instantes. Pero si se han presentado una vez, y hemos sentido esa exaltación, no hay nada que indique que no se pueden presentar con más frecuencia y aun que lleguen a ser continuos e incluso eternos. Y esto se debe a que volvemos a caer en lo común, en la rutina, en ambiciones que nos impone el mundo con los dictados de la poderosa propaganda, en la angustia de lo cotidiano de la cual queremos escapar.

Pero el cielo no es un escape sino un glorioso estado que es posible lograr cuando en medio del mundo permitimos que sea el espíritu el que nos enfrente con la vida y no esta personalidad tan torpe y conflictiva.

Y el individuo atrapado por las angustias que le impone un mundo estereotipado, ¿experimenta de alguna manera el cielo? Sí, pero de manera tan equivocada que el cielo, que implica libertad, paz y armonía, se convierte por su torpeza en un infierno al cual se ata a pesar de su anhelo por verse libre de él.

¿No vemos numerosas personas, en todas partes, que buscan afanosamente los fines de semana, por ejemplo, después de varios días de trabajo posiblemente agotador, un estado de exaltación de sus sentidos, junto con amigos afines, alrededor de la mesa de un bar donde ingieren licor en grandes cantidades? Sin embargo, para ellos, en esos momentos, este rito constituye un placer infinito. En esos instantes el ser se siente completamente desinhibido, fuerte, poderoso, simpático, conquistador, feliz, y por un rato o unas horas los problemas del mundo desaparecen para él. Los de su trabajo, de su casa, de su esposa, de sus hijos. Todos. Este es su cielo en ese instante, porque por un momento siente que es libre, siente la libertad del alma, aunque no lo sepa.

Lo mismo y tal vez en un grado mayor le sucede esto a quien consume drogas. Por eso, muy apropiadamente, se ha llamado a estos estados ‘paraísos artificiales’. Este mero psiquismo es engañoso e indigno de confianza

Para el teósofo el estado que llamamos cielo es un reflejo de lo Eterno en nuestra vida cotidiana si vivimos como almas en medio de las condiciones cambiantes del mundo.

